

Luisa Futoransky
París, Francia

LA MELANCOLÍA DE LAS PANTERAS NEGRAS

Imaginemos una piedra de deshielo. Se desliza por la fuerza de gravedad —de la que los seres animados e inanimados somos tributarios hasta hoy—, los vientos y los accidentes del terreno; con su corazón, su centro cordial duro de antiguos minerales y una periferia que crece con hierbas, obstáculos, pequeños objetos que se ligan como ayuda memoria u anécdotas del terreno, hasta que confluye en un río violento, que como todos los ríos van hacia el mar, pero como pregona la Biblia, el mar no se henche. Tal presiento, recojo y observo la voz de las minorías diaspóricas en el canal grande de la literatura hispanoamericana.

Dentro de ese conglomerado palpitante y singular que son las palabras escritas de decir, contar y soñar en este siglo de nuestra vasta cartografía literaria, me detengo, intrigada, con grandísimo respeto en un período particular —el de entre dos guerras—, y un sector preciso de personas que di en llamar “las mudas”. Quisiera referirme a nuestras abuelas y bisabuelas. Las que fueron empujadas de sus pueblitos incendiados a la “*goldene medine*”, inocente traducción de Eldorado al idish. No quiero señalar una imposibilidad real de la palabra, porque a veces gritaban como fieras, sino porque el testimonio escrito, sobre todo producido por ellas mismas es casi nulo. De esas mujeres quedan escasas —cuando no traficadas— partidas de nacimiento e intactas las de defunción, que obviamente ellas no escribieron.

Sus nombres y apellidos, castellanizados por los hijos o los nietos aparecen, en impías luchas por repartijas de herencias en el registro de propiedad inmobiliaria.

Quiero hablar de ellas porque el gran delito de nuestra época, porque no está codificado, por las leyes teológicas o seculares es la omisión. Mentir es pecado, a veces delito, pero omitir, callar, dejar de lado, culpablemente, no.

Pertenezco a la generación de los hijos de judíos que vinieron a la Argentina porque entre guerra y guerra y *pogrom* y *pogrom* se caían del mapa en barcos, como de alguna manera lo hacen ahora los albaneses, malayos, cubanos o haitianos y antes lo hicieron los vietnamitas; en suma, los náufragos de siempre. Los de una mano atrás y otra adelante, y gracias que hay manos.

Para quienes estén familiarizados con la pintura del Viejo Mundo que contó los desgarrones con que el Nuevo construyó su modernidad para devolvérselos al Viejo en elipsis y espirales de esfuerzo y sangre, les recuerdo la obra pictórica de Lazar Segall, centroeuropeo de Brasil, cuyos escenarios transcurren mayormente en sentinas abarrotadas de gente casi tan amarrada como las aguas de los deltas y el maderamen hinchado de esos barcos. El clima que se respira en sus telas es la fragilidad y lo precario. Con todo ello la picaresca de la nostalgia fue erigiendo hogueras, haciendo señales de humo para entenderse o simplemente calentarse un poco las articulaciones del alma.

Avidos, los emigrantes querían apropiarse del país y rápido; ese país del que todo lo ignoraban y al que tanto le exigían, al que los había conducido la furia combativa de húsares ajenos y hambruna bien propia. Es fácil comprenderlos, porque cuán humano es el deseo de entenderse al vuelo o caminar una calle de la que se conocen todas las trampas y repliegues. Se necesita un país para leer detrás de los muros, para conocer las gradaciones de los celos, las arrugas del bien y del mal en los rostros de los otros, quiero decir, los nuestros.

Los míos, no fueron judíos capitalinos, urbanos, porque tampoco lo habían sido en los lugares donde nacieron ni tampoco lo habían sido los padres de sus padres en los sitios de penuria de donde ellos a su vez también habían escapado. Luego de arduos, periódicos interrogatorios y rastreos casi siempre negativos a mis parientes, encontré un vago punto en el mapa que antes como ahora, cambia de nombre y de bandera con cierta frecuencia, pero que siempre queda cerca de un río, tal vez lo único domesticado y leal del paisaje geográfico. De las orillas del Dniester, parece que algunos de nosotros llegamos al idioma castellano como mis primos dicen que llegaron al portugués de Brasil o al inglés de Brooklyn. Lo de ver el mar, para ninguna de esta gente —mi gente—, estaba previsto, como lo de perderse para siempre, tampoco.

A la Argentina, por entonces llamada “*la Reina del Plata*” vinieron a lo mismo, a la periferia, —¿los de la periferia, no son acaso los únicos que evidencian el centro?— y buscando vaya saber qué secreto sueño de redención y tierra prometida, se me metieron en un lugar llamado Santos Lugares y acabaron vendiendo en la feria del pueblo cordones de zapatos, ristras de ajo y de cebolla, a coser entretelas de corbatas y vivos de pijamas. A reproducir en suma, el *shtetl*, centro del imaginario, la calle principal de ricos y de pobres, de leídos y tontos, de locos y de santos. De los sueños de Eldorado fueron sensiblemente bajando a los de la plata, el cobre y los minerales de menor nobleza y aleación. Terminando por reducirlos a dos: la casita propia de “material” y el hijo “doctor”. Y fueron abandonando palabras de una lengua agonizante, el idish, en las costas ávidas del Atlántico para consolidar su paso, a veces pagando en carne viva, de la utopía a la cultura. Como la generación que vino con Moisés a la tierra prometida y sin embargo para penetrar en ella hubo de vagar cuarenta años en el desierto. Es por ello que recién la segunda generación de inmigrantes, es decir la de nuestros padres y la nuestra, empiezan a producir la saga de su devenir después que los suyos hubieron atravesado sin voz y sin resuello décadas de penurias y pruebas a las que sobrevivieron por mero empecinamiento. Quizá también porque la Europa que habían abandonado era una hoguera donde prosperaban sólo el hambre y todas las pestes conocidas más otras nuevas de crueldad aún ignorada.

Entre tantas cosas que aún no escribí, pero quisiera tanto, está, dar al menos una pálida vislumbre de la vida de esas jóvenes que venían de aldeas rudas en costumbres patriarcales, cosificadas en lenguas dialectales, a la pampa, las distancias inauditas, la locura. Transformaron, evolucionando sus *shtetles* como pudieron, a riesgo de poblar los asilos de melancolía o de violencia y los cementerios de suicidas; esos, los anatematizados que miran desde el costado, con sus lápidas al bies, las muertes “naturales” de los otros.

Cuando digo melancolía pienso en esos duelos exagerados y obligatorios de mi infancia, donde durante años las mujeres de mi familia y las vecinas, teñían en grandes tinas de zinc con anilina negra la ropa de temporada, para respetar sus lutos rigurosos. Crónicas de barriadas enteras, inscritas en la memoria de la gente, por el respeto o violaciones de los duelos. Tres largos años de compostura monocroma para pasar luego a los gamas grises del medio luto. A veces la deficiente calidad de la operación recordaba por lamperones el antiguo estampado, que reaparecía tenaz en extraños diseños sobreimpresos haciendo comparecer, la memoria de antiguas excitaciones que afloraban a contrapelo de las circunstancias. Sensación análoga a la que alguna vez me sorprendí observando en el zoo el lomo de las panteras oscuras. De cerca traslucían sus manchas de leopardos, la memoria familiar de su pertenecer. De allí este título, porque tal vez mis mujeres, en su fuerza aparente destilaban una densa, nostálgica *Melancolía de panteras negras*. Incapaces de aceptar las pérdidas. Demasiadas, tal vez, para una sola vida.

Hoy día los hachazos y puñaladas traperas que deparan en algún momento los fragmentos y esquirolas de nuestras propias existencias me hacen ampliar, tender hacia ellas la óptica de mi *com-patire* por atravesar como mis viejas madre, tías, abuelas y vecinas similares estancias del catálogo de la pasión: ostracismo y exilio.

Las mujeres de quienes hablo no correspondían —pero debieron ajustarse como mejor supieron o supusieron que lo hacían— a los presupuestos de un imaginario urbano. Como sobrevivientes que eran debieron agudizar su ingenio en la percepción de lo inmediato. Sin llaves para traducir el nuevo mundo, debieron forzarlo con ganzúas. Repoblar la vida de nuevos gestos y palabras. Pero qué palabras. Cómo defender el cuerpo y las tradiciones orales que traían puestas, aferrándolas desde el medioevo en el Nuevo Mundo, cómo y cuándo transar con las nuevas realidades que imponían inéditas relaciones entre el hombre y el trabajo.

Las fisuras comenzaron a hacerse ostensibles cuando todos los miedos de adentro y los de afuera no pudieron pasar por las mismas coordenadas de pensamiento y de palabra. Estas escisiones suelen ser fecundas para abrir caudales preciosos en el ámbito de lo fantástico en la literatura y el arte en general, pero no en la lucha por la vida. Las ensoñaciones de los hombres, pueden dar origen a un infierno con parrillas o a los sublimes arbotantes de Notre Dame. *Helás!*, Notre Dame hay una sola, pero infiernos públicos y privados tantísimos. Así, los armarios empezaron a poblarse de muertos y muertas en vida que no podían con la nueva realidad. La mayor parte eran melancólicos profundos, aunque algunos violentos también los hubo, los que terminaba en los loqueros con la más terrible de las condenas: el chaleco de fuerza; el que una vez calzado, no admitía retorno alguno. Menos dramática, más graciosa y modestamente, la mayor parte de nuestras damas soñaba con el *golem*, un doméstico zombi que las aliviara de las agobiantes tareas en el hogar y la defendiera con eficacia en el mundo azaroso de las transacciones con los *goim*. Para calmar a los niños de turbulenta escolaridad, inventaron de sus propias tripas el miedo a lo oscuro, a lo innombrable mediante *el hombre de la bolsa*; completado a veces con el paso oportuno de los gitanos pronunciados con *tz*, los abstractos *tziganer* que nos robarían, condenándonos a deambular con ellos. Como lo de vivir en absoluta libertad no ejercía pavor suficiente sobre los díscolos, se agregaba el que

nos venderían para ser... la palabra esclavos no se pronunciaba. Lo de la trata de blancas, junto con una panoplia de terrores y tabúes sexuales, nos lo inculcaron a las niñas, mucho más tarde.

Cada familia conocía, en lo privado, nuevas alianzas y sordas guerras por el mercado, siempre escaso de maridos y de novios. Combate desigual ante la fascinación ejercida por el *goi*, el gentil, el otro. Esas guerras sutiles o feroces transcurrían en el idioma íntimo, secreto, el *idish*.

Bashevas Singer nos recuerda que esta lengua, es la única en el mundo que nunca fue hablada por el poder. Rudo destino de este idioma que llegó por oleadas de desesperanza y de furor a las costas del Atlántico, se metamorfoseó como mejor pudo y supo desde Nueva York pasando por Río hasta Buenos Aires, para expirar, casi de manera irremediable, a la intemperie de sus playas.

Si observamos de cerca el bagaje de esta gente vemos que en el principio trajeron el rencor, la enajenación por la expulsión a la que habían sido sometidos. Bajo tales condiciones veían a los otros que a su vez los veían como hostiles. Hostiles por sus respectivas apariencias, por no tener costumbre de vivir juntos, por las diferentes devociones y sacrificios a la divinidad: el exilio, a partir de Babel —para no salir de la referencia primera en el Génesis— qué duda cabe, ha sido y es un castigo, como la traducción.

Porque qué es traducir y exiliarse sino tomar un bloque arbitrario de palabras, un sistema planetario de ideas, fonemas y fantasías otras y trasladarlo a otro sistema planetario desconocido. Con frecuencia las órbitas de desajustan y muchas palabras y leyes, generalmente las mayores, las más profundas y secretas quedan saltando como resortes inertes, fuera de sus órbitas; por eso, traducción y exilio siempre son sinónimos de pérdida.

Llegar de una lengua, vivir en otra y escribir en una tercera, es la experiencia literaria de la novela contemporánea: el mismo Singer, Kundera, Conrad, Nabokov, Becket, Kosinski, Gombrovickz o Kafka lo corroboran. Su lenguaje escrito no es el que hablan los otros. Para el gran traslado de la comunicación realizan pactos límite con la lengua, casi imposibles de traducir, porque la única arma inalienable en manos del exilio es el sarcasmo. La ironía es capaz de absorber odio y piedad, sin envenenarnos demasiado. De producirse tal desposesión el mundo sería sólo un caos habitado por todos los bárbaros.

Una imagen persiste en mi escenario a medida que discurro estas páginas: se trata de un cuadro de Bacon. De un círculo caótico de verdes, surge un árbol macizo, inerte, arrancando del cuajo. Sin anestesia. Como una muela del juicio. Las raíces al aire. Presiento que de ellas fructificarán algunos injertos, otros brotes parecerán sin remedio. Sobre esa línea fulgura, a modo de camino un punto amarillo, evidente. Se diría la cabeza de un hombre. Un caballete acaso. El título de la obra de Bacon es contundente: *Retrato de Van Gogh*.

Nadie mejor que uno y otro para colocarnos frente al espejo de las ciudades sin esperanza, la jungla de todos los exilios. Hay que observar siempre, para no presumir de nada, ese sendero del cual provenimos; basta mirar aunque sólo sea superficialmente el trato que las

metrópolis brindan a cada nueva ola de inmigrantes: en un momento u otro de sus vidas, además de todas las vejaciones, todos pasan por eso, servir las mesas y limpiar las veredas de los otros para muy luego vaciarles sus tachos de basura, sus desechos. Corresponde al recién llegado mantener adecentado en suma, el inconciente de la ciudad. *On est toujours le juif de quelqu' un.*

Si bien estoy de acuerdo que para un escritor "patria" es donde uno escribe, no sobre qué o quién se escribe es imprescindible hurgar en el exilio de los nuestros para entender también nuestras propias expatriaciones. Los temores y temblores de aquellas panteras de nuestra sangre, sus susurros y lamentos por donde cuelan sus glorias y pesares infiltran el imaginario del canal grande de ésta, nuestra escritura hispanoamericana a la que también en su honor pertenecemos.

Povzetek

OTOŽNOST ČRNIH PANTERIC

Čeprav se avtorica strinja z mislijo, da je pisateljjeva domovina tista, v kateri piše, in tista, o kateri piše, se mora vsakdo, ki ustvarja izven svoje domovine, najprej poglobiti v razloge, ki so njegove prednike prisilili v izseljenišvo. Šele potem bo lahko razumel svoje lastne dvome, strahove in že skoraj zabrisane sledi, ki mu jih je globoko v notranjost vtisnila kultura njegovega rodu.